
La actividad pastoral del nuevo santo Ezequiel Moreno en la Diócesis de Pasto

*Fray Arturo Salazar Mejía**

En las Letras Apostólicas de beatificación, como en la homilía pronunciada por Pablo VI el 1° de noviembre de 1975, cuando fue elevado al honor de los altares nuestro obispo, Ezequiel Moreno, emerge la figura episcopal de este pastor de la Iglesia colombiana como centinela vigilante, maestro de los fieles, protector de los pobres y ejemplo heroico de paciencia.

A las palabras de Pablo VI se adelantó otro santo arzobispo colombiano, Monseñor Ismael Perdomo, quien al celebrarse el centenario del nacimiento del Padre Ezequiel, en nuestro trágico año de 1948, escribió: "Quiso Dios ponernos este ínclito varón como ejemplo de santos misioneros y prelados en nuestro mismo país y en nuestros tiempos modernos, para que aprendamos que la santidad heroica también florece en nuestra época y para que nos esforcemos en ser siempre perfectos adoradores de la Majestad divina y celosos apóstoles".

En estas páginas intento hacer una aproximación a la actividad pastoral de San Ezequiel Moreno en sus diez años de episcopado en Pasto, tarea que quiero cumplir con tanta mayor satisfacción cuanto que soy su hermano en religión y su doble sucesor en el Vicariato de Casanare y en la Diócesis de Pasto.

La diócesis de Pasto

Cuando el padre Ezequiel tomó posesión de su sede en junio de 1896, la iglesia

* Agustino Recoleta. Obispo de Pasto.

diocesana contaba con sólo 37 años de existencia. Había sido erigida por Pío IX en abril de 1859 con los territorios pastoralmente inabarcables de los actuales Nariño, Putumayo y Caquetá, con 160.000 kms. cuadrados y una población de 460.000 habitantes, cifra, por otra parte, que debería revisarse mejor. La diócesis fue sufragánea de Bogotá hasta junio de 1900, año en que pasó a serlo de la nueva metropolitana de Popayán.

La diócesis contaba en ese momento con 46 parroquias, seis viceparroquias y 56 iglesias y con algo más de un centenar de sacerdotes de ambos cleros. Trabajaban en ella los oratorianos, capuchinos, jesuitas, maristas y había casas de religiosas concepcionistas, bethlemitas, franciscanas de la Inmaculada y Hermanas de la Caridad. Pasto, la capital diocesana, era una reducida ciudad de sólo 10.000 habitantes, cuya catedral pareció bastante pequeña al obispo, dedicada a San Juan Bautista, patrono de la ciudad y de la diócesis.

De los cinco obispos antecesores del beato, tres habían padecido, como obispos, la persecución y el destierro: monseñor José Elías Puyana, muerto en el exilio en 1864; monseñor Juan Manuel García Tejada, ordenado obispo en Guayaquil en 1866, tras haber escapado entre mil peripecias a la policía de su patria, y monseñor Manuel Canuto Restrepo, asediado también en el decenio de 1860 por la policía mosquerista y desterrado por leyes del Estado del Cauca y del Congreso Nacional en 1877. Otro de los obispos, monseñor Ignacio León Velasco, también había sufrido el destierro cuando, como jesuita, había sido desterrado en 1849. Datos éstos que deben tenerse en cuenta: el nuevo obispo era sucesor de un grupo de prelados que habían conocido en carne propia los efectos de la ideología liberal.

A fines del siglo XIX la diócesis de Pasto distaba un mes de camino del centro de la república. El padre Ezequiel salió de Bogotá el 7 de mayo de 1896 y llegó a Pasto el 10 de junio siguiente. La región experimentaba las ventajas y los inconvenientes de su aislamiento. En más de una ocasión el obispo da a entender la impresión que le causaba esta situación peculiar, sobre todo la enorme lejanía de la capital y la vecindad ecuatoriana. Circunstancia que no parece haber sido tenida suficientemente en cuenta, eventualmente, ni en la Delegación apostólica de Bogotá ni en la misma Curia Romana. Por este motivo el obispo de Cartagena, monseñor Pedro Adán Brioschi, escribía al secretario de Estado, monseñor Merry del Val en 1905: “La situación de Pasto es excepcional y en nada se parece a las demás diócesis”.

La vecindad ecuatoriana

El P. Ezequiel no ignoraba el significado que tenía para su diócesis la vecindad de un país, como el Ecuador, de parecida raigambre católica con Colombia, pero golpeado durante largo tiempo por un trabajo desecristianizador y ahora regido por un gobierno impío, que había asaltado el poder con la complicidad de la masonería y de no pocos católicos contemporizadores.

Este irenismo miope de tales católicos había actuado en Colombia veinte años antes, sobre todo en el amargo decenio de 1870. Desde su destierro del Ecuador el entonces obispo de Pasto, monseñor Manuel Canuto Restrepo, lo había denunciado y deplorado como causante en su diócesis de no pocas desventuras. El P. Ezequiel no podía mirar sin indiferencia esos 600 kilómetros de frontera que franqueaban sin control alguno la circulación de una prensa anticristiana, unas veces insidiosa, otras desaforada. El célebre capuchino P. Aviñonet, habla de frecuentes escritos llenos de insultos contra los obispos. El padre Ezequiel en carta al P. Narro (28 nov. 1896) refiere que los pueblos de la diócesis “se ven inundados de publicaciones las más impías” y que cunde la mala semilla. “Ahora toda la saña -dice- es contra mi. Números enteros no contienen otra cosa que insultos contra mi”. En su carta pastoral de 10 de agosto de 1896 señala a periódicos como El Sayri de Quito y El Carchi de Tulcán que llegaban puntualmente al territorio diocesano. En cierta ocasión le llegó un libro irreligioso de mil páginas con esta ofensiva dedicatoria: “Al señor obispo Moreno en demanda de una excomunión”, según el propio prelado escribe al P. Narro (24 abr. 1897).

No sólo eran escritos, eran también armas las que se destinaban a Colombia y ésto con bastante anterioridad a la guerra de 1899. Así lo atestigua el obispo remitiéndose a un rumor común en carta al P. Gutiérrez a principios de 1897, lo cual resulta plenamente verosímil ya que pocos años atrás el dictador del Ecuador, Eloy Alfaro, había recorrido muchos países latinoamericanos de lo que había surgido el proyecto de establecer gobiernos liberales desde Guatemala hasta el Ecuador. La alianza de los liberales de Guatemala, Nicaragua, Venezuela y el Ecuador para apoyar la revolución de 1899 en Colombia está en perfecta coherencia con el dato recogido por el obispo de Pasto.

La intensa sensibilidad religiosa del P. Ezequiel debía de sentirse dolorosamente herida por el talante blasfemo del gobierno y de la prensa ecuatoriana. “Por el Ecuador, malísimamente, y no parece sino que andan los diablos más sueltos que

por otras partes, según los insultos que se dirigen a Nuestro Señor Jesucristo y a su Vicario en la tierra”, escribe en octubre de 1899 al P. Gutiérrez. *Abajos* al Papa y *vivas* al partido liberal ya los había oído en el Casanare en la efímera revolución de 1895. Para exasperar la paciencia del obispo y de los vecinos colombianos, en Tulcán se organizaban de vez en cuando corridas de toros, parodias irreligiosas y otras actividades que coincidieran con las celebraciones religiosas. Resulta, pues, plenamente consistente la opinión que tuvo el obispo sobre el empeño sistemático que imperaba en el Ecuador de lograr un total debilitamiento del catolicismo, y la llamada *constitución atea* de 1906 le dio toda la razón.

Por tanto el obispo de Pasto no estaba peleando con molinos de viento. Allí, en la acera de enfrente, se alzaba agresivo y cruel un sistema político e ideológico resuelto a liquidar a Cristo y a Dios de la nación ecuatoriana.

La suerte de la Iglesia ecuatoriana

Es preciso tener en cuenta esta situación para juzgar de la oportunidad y acierto de un aspecto de la actividad pastoral del padre Ezequiel Moreno en su diócesis de Pasto. Como dicen las Letras Apostólicas *Supremum a Christo Iesu*, con las que Pablo VI lo declara Beato, fueron las circunstancias las que lo llevaron *ut infestis circum christianam veritatem errores incredibili animo profligaret*, “a combatir con increíble denuedo los errores sobre la verdad cristiana”.

Desde el asesinato de García Moreno en agosto de 1876 la Iglesia ecuatoriana empezó a recorrer un amargo viacrucis. El viernes santo de 1877 fue envenenado en su catedral el arzobispo de Quito, moseñor José Ignacio Checa. En el archivo episcopal de Pasto existen documentos que recogen la emoción y el pasmo con que fue recibida esta noticia. La reacción anticatólica que se siguió después de la *era garciana*, las contempORIZACIONES de algunos liberales católicos, el creciente influjo de la masonería y la desunión de los católicos, prepararon la llegada al poder de Eloy Alfaro y la constitución irreligiosa de 1896. Todo se hacía orquestando la *lucha contra la teocracia*, expresión acuñada desde la primera mitad del siglo XIX que se esgrimió en todos los países latinoamericanos. *Teocracia* era un malévolo eufemismo con el que el liberalismo y la masonería de todos nuestros países designaban al catolicismo, y no a un catolicismo abstracto, sino al catolicismo que había rodeado a Pío IX en sus tribulaciones, al catolicismo que rechazaba la separación de la Iglesia y el Estado, al catolicismo que profesaba impávidamente el *Syllabus*, al catolicismo que había aclamado la definición de la infabilidad. Para

reforzar la antipatía que despertaba el concepto de *teocracia*, se hablaba también de *fanatismo*. Se saludaba cada victoria del liberalismo como un mazazo contra la Iglesia. Desde Lima un periódico escribía en vísperas del triunfo de Alfaro: “Quito, nido de los nefandos cuervos (los sacerdotes) que sustentan el fanatismo y el jesuitismo, tiene ya un conjunto de obreros (los masones) que empezarán a demoler allá los cimientos del oscurantismo”. Cumplieron cabalmente su propósito.

Precisamente el año en que el P. Ezequiel llegó a Pasto se reunió la constituyente liberal, fueron desterrados tres obispos, más tarde se abolió el concordato para regresar al anacrónico patronato de 1824, se eliminó la enseñanza religiosa de las escuelas oficiales, se desterró a los religiosos extranjeros, se laicizaron los cementerios y, como expresión del más rancio fanatismo, se decretó la invalidez de la consagración de la república al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen de las Mercedes, mientras se estimulaba el trabajo de una prensa blasfema.

Resulta inaudito, un enigma, el hecho de batallones enteros que entraban en combate al grito de *Muera Cristo, viva Alfaro*, que asesinaban sacerdotes y se entregaban a tropelías sacrílegas, como la que ocurrió en Riobamba en 1896, registrado con estupor por la prensa colombiana. Hablamos de enigma porque aquellas turbas provenían de una masa religiosa y fundamentalmente cristiana. Quizás inadecuados métodos de evangelización, descuidos pastorales, llevaron en parte a aquellas gentes a asumir estas actitudes matricidas. Pero no ha de olvidarse el trabajo irreligioso de la masonería y de la prensa y la propaganda anticatólica que saturaba todo ambiente. La masa yacía vulnerable a la capacidad devastadora de aquel liberalismo decimonónico. La evolución operada en el Ecuador es la demostración paladina de la verdad que encierra cuanto dice un sociólogo religioso y pastoralista contemporáneo: “Cuando un Estado lo permite sobran las apostasías” (P. Desqueyrat, *La crisis religiosa de los tiempos nuevos*).

El lenguaje de los obispos ecuatorianos

Los documentos episcopales del obispo de Pasto impresionan por una suerte de acento tremendista y patético cuando habla del significado y de las amenazas del liberalismo de su época. Pero tal acento impregnaba la literatura católica de aquellos tiempos y no es característico del sólo obispo de Pasto. Baste leer las encíclicas y alocuciones de Pío IX, de los obispos italianos, de los obispos del Brasil con su célebre carta de marzo de 1890, de los obispos de Francia, del mismo León XIII (recuérdense sus pronunciamientos sobre la masonería), y de autorizadas

publicaciones como *La Civiltà Cattolica*, considerada como órgano oficioso de la Santa Sede.

Pero era precisamente en el contiguo Ecuador donde sus obispos, testigos presenciales de una persecución cada vez más agresiva, empleaban un tono de dolorida vehemencia cuando tenían que salir en defensa de la causa católica que era la causa de la nación ecuatoriana. Quienes reprochan la fogosidad del lenguaje en los documentos pastorales del obispo de Pasto olvidan dos cosas: que era un estilo literario común a la polémica de los tiempos y que tales documentos, más allá del acento literario, desarrollaban con mucha coherencia una argumentación sólida y valedera.

En 1885 el episcopado ecuatoriano hizo pública una carta o instrucción pastoral acerca del liberalismo que causó admiración por su solidez e información. No era estrictamente original, pero merced a su método didáctico pudo llegar hasta los sectores populares. Fue traducida al francés y al alemán: no hay duda de que San Ezequiel Moreno la conocía.

Diez años más tarde, el arzobispo de Quito, monseñor Rafael González Calisto, prelado por otra parte de temperamento moderado, presenta con dramatismo y alarma la suerte que le esperaba al Ecuador si llegaba a triunfar la revolución liberal de Alfaro.

Como él, hablaron los obispos Massiá, Andrade y Schumacher y algunos predicadores en Quito y otras ciudades ecuatorianas. Se reconoce que la sociedad se halla en una guerra de religión porque la conducta de las tropas revolucionarias, estimulada por sus jefes, responde efectivamente a una consigna: agredir, debilitar y destruir la religión católica. La vehemencia de la defensa obedece a la violencia del asalto que se dio, políticamente con la toma del poder, jurídicamente con la legislación anticristiana, y socialmente con la actividad de la prensa.

Las gentes de su diócesis

Como pastor de su diócesis el obispo Moreno quiso mucho a su pueblo, con intensa caridad de obispo. Ya como vicario apostólico de Casanare había dado pruebas de su capacidad de sacrificio en favor de las almas puestas a su cuidado. En su primer sermón en la catedral de Pasto se había expresado así: “Nuestro deber es presidir vuestra marcha hacia vuestro último fin que es Dios en el cielo. Mi obligación,

sostener con el pan del ejemplo y de la doctrina, defenderos de vuestros enemigos y, si necesario fuere, llevar vuestras almas sobre mis hombros (...) y dar mi vida para que vuestras almas no mueran”.

Los enemigos del santo prelado, ayer y hoy, pretenden presentarlo como un energúmeno. Se olvida, cuántas veces con mala fe, que la raíz de su antiliberalismo ha de colocarse en la convicción objetivamente fundada de que como ideología significaba el liberalismo una amenaza real, concreta, eficaz a la fe de los feligreses de su diócesis. Los liberales colombianos en el sur del país disponían de medios para difundir la literatura irreligiosa que llegaba desde el Ecuador. El obispo comprendió la obligación que tenía de salir a la defensa de la masa inerme, compuesta en su mayor parte de humildes gentes, de campesinos pobres, de feligreses incultos para quienes la autoridad de su obispo era ya un argumento.

El P. Ezequiel manifiesta en sus cartas una amable simpatía por las gentes de su diócesis. Los adversarios hacían mofa de la masa cristiana y los llamaban beatos, holgazanes, santurrones, clericales, sacristanes, términos que el obispo recoge en su carta pastoral en febrero de 1897. Como pastor avisado descubre en la fe de los sencillos una defensa contra los engaños de la propaganda. “Dios -escribe en su carta pastoral de enero de 1900- ha infundido en el pueblo sencillo ese gusto sobrenatural por la verdad y esa aversión a los errores”. Algunos meses más tarde escribía al P. Gutiérrez: “Aquí en el sur no se hubiera presentado menos formidable (la revolución), si Dios Nuestro Señor no hubiera infundido valor indecible a los pobres fieles de estos pueblos”, y, al empezar el año de 1901, cuando se iniciaba una campaña de pacifismo político e ideológico, insidioso como toda componenda que no se haga en la verdad, afirma ésto: “La gente de fe sencilla, inspirada por esa misma fe, juzga perfectamente en estos asuntos, ve con más claridad que algunos que se tienen por ilustrados y por eso hemos visto que han rechazado con indignación ciertos procedimientos y han protestado contra ellos”.

Con gran libertad de espíritu en una instrucción dirigida a su clero en diciembre de 1902, cuya redacción debió de causarle no escaso sufrimiento, pues pretendía desvirtuar ciertos equívocos de la obra de su hermano en religión y en episcopado, monseñor Nicolás Casas, el P. Ezequiel advierte: “Si los extraviados deben ser objeto de nuestra caridad pastoral, no deben serlo menos los fieles servidores de Dios a quienes esos extraviados buscan para seducirlos y perderlos, y, de no conseguirlo, para perseguirlos y mortificarlos sin piedad”. La intransigencia fue, no pocas veces, actitud y disciplina que hubo de imponerse para salvar valores esenciales.

En este punto es preciso aludir a una circunstancia que amargó su ministerio y su vida episcopal. Se trata de la conducta observada por el obispo de Ibarra, monseñor Federico González Suárez, prelado culto, de méritos en el campo de la historia de su país, adversario agrio de los religiosos, de pensamiento a veces incoherente, quien en los años más duros de la persecución a la Iglesia ecuatoriana, cuando otros tres obispos sufrían el destierro, salió a la escena con declaraciones y escritos de cuño filoliberal que producían euforia entre quienes hostilizaban a la Iglesia, y escándalo y zozobra entre los fieles. Desde los comienzos de su episcopado en Pasto se presentaron causas de divergencia profunda entre el obispo de Pasto y el obispo de Ibarra, por razón de las medidas adoptadas por aquel vigilante prelado frente a sus diocesanos que frecuentaban el colegio oficial de Tulcán situado en la diócesis contigua. No es del caso referir aquí aquellas viscosidades, que causaron una profunda humillación al P. Ezequiel, como que la Santa Sede dio en un primer momento la razón al otro obispo. Aquí descolló la heroica virtud episcopal de nuestro prelado: acató en observante silencio lo dispuesto por la autoridad suprema, y cuando más tarde, disipadas las oscuridades, Roma restableció la justicia que estaba de parte del Santo, éste no hizo alarde sobre lo ocurrido. Más aún, como el segundo acto del asunto se tramitó estando él en Roma para la visita *ad limina*, procedió con tacto, casi contra su voluntad, en orden a informar al Papa acerca de la exactitud de los hechos. Prefería el santo obispo la paz de la Iglesia y la tranquilidad de los fieles a una reivindicación que temía se hiciera clamorosa.

Pero cuando el obispo de Ibarra vertía sus conceptos favorables a los liberales en el terreno doctrinal, o cuando este prelado se puso a hablar de paz y de *evangelio de paz* para desalentar, en cierta forma, a los sufridos soldados colombianos que habían de hacer frente a intentonas de invasión contra Colombia, el P. Ezequiel procedió con entera libertad de espíritu y explicó en razonada circular la diferencia entre la auténtica paz evangélica y el pacifismo contemporalizador.

La visita pastoral y la presencia entre los pobres

Son estos dos aspectos que ponen de relieve las Letras Apostólicas de beatificación. En su episcopado de diez años el obispo realizó dos veces la visita pastoral. No podía haber sido de otro modo dada la inmensa extensión de la diócesis, la interrupción de un año por la visita *ad limina* y la guerra de *los mil días* que mantuvo en sobresalto el sur de Colombia por la frecuente amenaza del Ecuador. Los PP. Minguella y Martínez Cuesta nos han dejado un retrato de la forma como se hicieron y del método empleado. Apenas podemos imaginar hoy lo que significaba para el

obispo y para sus acompañantes aquel recorrido de climas contrastantes, desde los fríos de Pasto hasta los calores extenuantes de Tumaco, los peligros de ríos y precipicios, la amenaza de las serpientes de que está infestada toda la región que va de Ricaurte hasta el océano Pacífico. El primer obispo de Pasto, monseñor Puyana, nos ha dejado una descripción de su visita episcopal a la región de Barbacoas y de Tumaco ante la cual palidecen todas las ponderaciones. Ahora bien, entre el decenio de 1850 y el de 1890 no había cambiado para nada la situación.

También se benefició de la actividad del santo obispo la región de Ipiales. El P. Ezequiel ha dejado algunas memorias del fruto espiritual conseguido y del cambio obrado entre no pocas gentes extraviadas. Por cierto que los enemigos del intrépido pastor hicieron correr el absurdo rumor que los dos obispos, el padre Ezequiel y el heroico obispo de Portoviejo, monseñor Schumacher, desterrado por Alfaro y residente en la población de Samaniego, diócesis de Pasto, avanzaban con algunos millares de soldados en plan de atacar al Ecuador.

En la visita de 1904 vemos a nuestro obispo recorriendo la región que limitaba con la arquidiócesis de Popayán, y nuevamente los pestíferos valles y selvas del Pacífico. La fiebre palúdica acometió a sus acompañantes, y el mismo celoso pastor había de guardar a veces cama, postrado por las fiebres y la debilidad. No dejaba población o lugarejo por visitar, él mismo se ponía a enseñar el catecismo y para que su presencia no se redujera a la simple exterioridad de su paso, iba precedido o acompañado de algunos sacerdotes que con su celo y su actividad ayudaban a convertir la visita en un auténtico paso del Espíritu. Todos los días durante la visita pastoral oía también, ayudando a sus colaboradores, las confesiones de los fieles y asumía personalmente el ministerio de la predicación. Preocupaba mucho al P. Ezequiel el estado espiritual de las pobres gentes dispersas en los dilatados espacios de la diócesis, y por ello ponía empeño en que su paso por las veredas significara igualmente la moralización cristiana de los diocesanos en lo referente a la regulación de uniones ilícitas.

El amor a los pobres, característica de todo pastor de la Iglesia, resplandeció en la actividad cotidiana del buen obispo de Pasto, como lo pone de relieve el documento de beatificación. Fue pobre, vivió pobre y amó intensamente a los pobres. “En Pasto aumentan sus recursos y su generosidad -escribe su biógrafo el P. Angel Martínez Cuesta-. Desde el primer momento hasta el último piensa en los pobres. Se informa de sus necesidades y las remedia con largueza y alegría contento de que los pobres acudan a él con confianza. Reparte dinero y víveres, y en ello consume gran parte

de sus rentas, con gran maravilla de sus servidores y colaboradores, que conocen su economía, su espíritu de ahorro, y extrañan la frugalidad de su comida y la tosquedad de su atuendo”. Frecuentemente visitaba el orfanatrofio dirigido por las religiosas bethlemitas e iba a la cárcel a consolar a los detenidos.

En sus disposiciones finales fechadas en Pasto el 6 de octubre de 1905 se descubre su efectiva pobreza y su total desprendimiento. “No hago testamento -escribo porque soy religioso y nada tengo (...). Tengo dos hermanitas pobres. No las he socorrido durante mi episcopado en Pasto porque no he tenido para socorrerlas. Todo lo he dado a los necesitados de aquí”.

Su vida de oración y la religiosidad del pueblo

La vida de oración del P. Ezequiel fue de admirable intensidad de modo que su práctica concreta le llevaba normalmente seis horas al día. Ni su salud endeble, ni las tareas de las pesadas visitas episcopales le dispensaron nunca de cumplirlas con fidelidad.

Como sacerdote de oración alentaba todos los ejercicios y manifestaciones de piedad popular que tanto han contribuido a conservar la fe y a acrecentarla. Tomaba parte en la adoración nocturna, en el culto popular al Santísimo Sacramento, siendo nota peculiar de su espiritualidad la devoción eucarística, estimulaba las peregrinaciones a los templos marianos, como al de Las Lajas que se empeñó en construir, o al de Ancuya donde presidió multitudinarias concentraciones de peregrinos venidos con admirable esfuerzo y fatiga de distantes lugares de la diócesis.

Devotísimo del Sagrado Corazón de Jesús, promueve en todas partes su devoción y escribe con acento emocionado sobre la iniciativa de León XIII de consagrar el universo entero al Corazón de Cristo al terminar el siglo XIX y empezar el XX. Registra complacido que en las parroquias todas de su diócesis se le tribute un culto particular, pero quiere exteriorizar de modo monumental el homenaje de la diócesis al Corazón del Salvador proponiendo la construcción de un gran templo en su honor. Ese templo es la actual enorme catedral que no carece de méritos arquitectónicos y que significa un inmenso esfuerzo sólo explicable por la religiosidad de las gentes de Pasto. El P. Ezequiel no lo vio terminado.

En una concreta coyuntura histórica

Preocupó mucho al santo obispo la ignorancia religiosa de los fieles, patología generalizada en Colombia por múltiples razones. Nos dejó cuatro amplios documentos o circulares a los párrocos para urgir la catequización del pueblo, ministerio en que él mismo tomaba parte, así como en la predicación dominical en Adviento, Cuaresma y Pascua y en las fiestas principales. Su palabra no solamente se escuchaba en la predicación o en sus cartas pastorales sino también en el trato personal por cuanto escuchaba, especialmente al realizar la visita diocesana, a todo el que quisiera hablarle.

El método preferido de su magisterio episcopal se despliega a través de sus cartas pastorales, de sus circulares al clero y de sus instrucciones que ocupan 541 densas páginas en la edición del P. Minguella. No debemos olvidar la dirección espiritual personal impartida a no pocos feligreses suyos o a personas de otros lugares, que se conserva en el intenso carteo cuya publicación ojalá pronto pueda lograrse. Es cierto que en sus documentos públicos predomina el motivo antiliberal, pero, para ser sinceros, no podremos olvidar que durante todo el siglo XIX se fue afirmando y se incrustó en las entrañas del mundo latinoamericano la ideología liberal de naturaleza no sólo anticlerical y anticatólica sino también anticristiana, resuelta a modelar, unas veces sutilmente y otras con violencia una nueva sociedad oficialmente no cristiana.

La insistencia con que la Iglesia de Pío IX y luego la de León XIII rechazaron las pretensiones de separar la Iglesia del Estado, fórmula tan mal entendida por ciertos historiadores, apuntaba a impedir la secularización de la sociedad, intento que en los países europeos de tradición católica y en los de América Latina se traducía en medidas concretas no ya de simple separación sino de sistemática descristianización. La historia dramática de todas nuestras repúblicas está empedrada de tales procedimientos que, especialmente en México, Guatemala, Nicaragua, Venezuela, Colombia y Ecuador, revistieron singular virulencia. Pío IX había sintetizado así, en la encíclica *Quanta cura* (1864) aquella concepción sociopolítica secularista: “La ordenación social ideal y el progreso civil exigen que la sociedad humana sea organizada y gobernada sin tener en cuenta alguna de la religión, como si ella no existiese o al menos sin hacer distinción alguna entre la verdadera y las falsas religiones”.

En la Colombia del siglo pasado la oleada secularizante y descristianizadora se venía manifestando netamente desde 1850. Resulta otro enigma histórico que

nuestros pueblos latinoamericanos, y entre ellos el colombiano, hayan podido resistir el embate laicizante de la ideología liberal y más tarde del positivismo y de la masonería. Pero no en vano tales fuerzas combinadas han dejado sentir su paso y su entronización devastadora. No eran desconocidas en Colombia las persecuciones anticatólicas de México, Guatemala y Venezuela, y, cuando llegó a nuestra patria el intrépido fraile agustino, Ezequiel Moreno, a restaurar la provincia de su orden casi arrasada por las vicisitudes de los tiempos, están aún frescos los recuerdos de 30 años de tribulaciones sufridas por la Iglesia colombiana.

Por lo demás el obispo de Pasto pudo comprobar en su diócesis los estragos de estas ideologías foráneas. No habían ganado en extensión, pero el hecho de que dentro de una sociedad piadosa, cerrada, aislada, se dieran, como se dieron, manifestaciones de agresivo anticlericalismo, significaba que el pueblo no estaba inmunizado y era vulnerable a un trabajo de propaganda, o como hoy se dice de mentalización. A esta preocupación pastoral, vivida no de memoria sino dentro de una situación extremadamente concreta, obedece el magisterio episcopal del obispo Ezequiel quien frecuentemente afirma que es su deber hablar y que sería reo de traición a su deber si callara.

En una exposición del clero de Pasto al Papa León XIII, fechada el 21 de julio de 1898 se lee que “el plan que persiguen (los enemigos de la Iglesia) es a no dudarlo representar a nuestro Prelado como un hombre violento, imprudente y animado de un celo falso e indiscreto”. Más adelante observa: “El liberalismo, Santísimo Padre, no es en estas regiones que evangelizamos lo que puede ser o parecer en el viejo mundo; no es meramente un sistema político religioso; entre estos pueblos el sistema liberal significa la apostasía completa de la fe cristiana”.

Un año antes la *Convención electoral del Partido liberal* había declarado lo siguiente: “La solución completa del llamado problema religioso es la separación de la Iglesia y del Estado y consagra la libertad de cultos”. A casi un siglo de distancia, y en circunstancias ya tan diversas de la mentalidad de nuestros antepasados, quizás algunos no entiendan la intransigencia católica frente a estas declaraciones. Ellas tenían una prehistoria cargada de hechos no desmentidos y era a esta circunstancia a la que se atenía, con todo derecho, el obispo de Pasto. Efectivamente, por los mismos días el arzobispo de Bogotá, don Bernardo Herrera Restrepo, se mostraba reticente y negativo en un carteo público con el notable jefe liberal, el general Rafael Uribe Uribe, a entrar en composiciones con el liberalismo colombiano recordándole cómo -son palabras del arzobispo- “se podía leer en varios periódicos de esta ciudad la apología de los hechos cumplidos por el liberalismo en detrimento

de la Iglesia y sus ministros”.

Si me estoy alargando en este aspecto de la actividad pastoral del obispo Ezequiel, ello se debe a la coyuntura histórica que le correspondió vivir. ¿No ocurre otro tanto, guardadas las proporciones, con el episcopado de San Agustín, acaparado durante decenios por la lucha contra los pelagianos y donatistas? Ni se diga tampoco que la pastoración magisterial del obispo de Pasto era una improvisación. Sus documentos, largos y a veces pesados, proceden con lógica y coherencia que no desmerecen por la fogosidad con la que a veces están redactados. De acuerdo con la distribución del día que él mismo se trazó, dedicaba seis horas diarias al estudio.

El P. Ezequiel conocía el reproche que le hacían sus adversarios, e incluso algunos católicos, de ser intransigente. Era su temperamento y era honesto con su conciencia. El mismo apela al ejemplo de otros pastores de la Iglesia y pone de relieve la conducta de San Bernardo, inflexible con las herejías de su tiempo. Aun permitiéndonos disentir hoy de algunas posturas suyas, el P. Ezequiel apareció en su época, y sigue siendo paradigma actual, del servicio a la verdad que, como lo ha subrayado en diversas oportunidades Juan Pablo II en discursos a los periodistas, no puede sacrificarse a las ventajas del irenismo. Una manifestación nítida de esta coherencia se encuentra en la respuesta dada por el obispo de Pasto a los escritos del patricio conservador Carlos Martínez Silva y del presbítero antioqueño Baltasar Vélez, respuesta que el P. Ezequiel puso bajo el título de *Con Jesucristo o contra Jesucristo*. Adviértase además que, como escribe el académico e historiador Carlos Valderrama Andrade, editor del epistolario entre el Santo y don Miguel Antonio Caro, “la posición intransigente del obispo Ezequiel era entonces secundada por los obispos Manuel José Caycedo, de Popayán; Esteban Rojas, de Garzón; Ismael Perdomo, de Ibagué e Ignacio Antonio Parra, de Pamplona”. Habría que añadir al obispo de Cartagena, don Pedro Adán Brioschi.

Pero la intransigencia con la ideología no le cierra el corazón a las personas. En su segunda carta pastoral del 10 de agosto de 1896 escribe que a todos quiere abrazar en su espíritu, “a todos se extiende nuestro deber pastoral, a ninguno podemos ni queremos abandonar de los que el Divino Pastor nos ha confiado”. En la siguiente, del 28 del mismo mes, justificando su actitud como nacida de la caridad pastoral exclama: “Ojalá pudiéramos abrir nuestro corazón para que todos pudieran ver nuestros sentimientos ¿Acaso podemos tener odio a persona alguna? ¿A quién podemos odiar? ¿A quién hemos de odiar? Habiéndonos encargado Jesucristo las almas de todos ¿cómo hemos de abrigar mala voluntad para con nadie? Clamamos y clamaremos siempre que veamos peligros para las almas porque esa es nuestra

obligación, pero Dios no permita que esos clamores no procedan de la caridad. Dios mío, que nos entiendan!”

Fue amado por sus diocesanos

Nuestro santo supo tener manifestaciones de euforia y de alegría, y su habilidad para el canto y la guitarra le causó más tarde algunos escrúpulos. Sin embargo queda la impresión de que su temperamento era más bien adusto. En las cartas que hasta ahora conocemos no hay presencia de expansiones festivas. Cada santo es cada santo. Lo mismo se decía de San Pedro Claver: sus biógrafos señalan su escasa propensión a la sonrisa.

Las gentes de Pasto amaron a su obispo. Mientras vivieron quienes lo conocieron se referían siempre a él con el amable apelativo, muy elocuente entre las gentes de la región, como *el Padre Morenito*. Cuando mayormente se manifestó este afecto por su pastor fue en los momentos de persecución. En la carta a León XIII antes mencionada escriben los sacerdotes de la diócesis: “El Ilustrísimo Señor Moreno, que enviado por Vuestra Autoridad, vela sobre los fieles de la diócesis de Pasto, por su vigilancia y celo pastoral se ha merecido el amor y la confianza de todos los católicos que en él contemplan el modelo de un verdadero Pastor”.

Cuando empezaron a arreciar los ataques al santo obispo, también se sintieron las reacciones en favor suyo. El 8 de octubre de 1896 varios centenares de firmas suscribieron un manifiesto de adhesión y de rechazo a los ataques. Escribe desde Túquerres el capuchino P. Agustín de Artesa al custodio provincial de su orden en Barcelona, que todos los católicos desde Pasto, más aún, desde Bogotá hasta Guayaquil, están con el obispo, y que cuando regrese de su visita *ad limina* le harán “un recibimiento que será un verdadero triunfo”. No dejaron tampoco solo a su prelado cuando se produjo la polémica con el periodiquillo de Pasto *El Eco liberal* y aparecieron las cartas pastorales de 5 y de 25 de julio de 1899. De la sola población de Yacuanquer le llegaron 600 firmas de adhesión, y otras muchas de pueblos vecinos.

Cuando el P. Ezequiel regresó de la visita a Roma, en donde tuvo un fructuoso encuentro con León XIII, su entrada en la ciudad diocesana fue triunfal. Había estado ausente casi un año pues las comunicaciones de la época eran extremadamente lentas y, por otra parte, se interpusieron las vacaciones de la Curia romana en el verano de 1898. El 30 de mayo de 1899, como lo refiere el P. Minguella, la entrada

a Pasto superó en pompa y grandiosidad a la recepción que se le había ofrecido en la toma de posesión de la sede. Arcos de triunfo, bandera, flores, repiques, manifestaciones que se continuaron durante varios días.

En octubre de 1901 el obispo quiso ir personalmente a Bogotá a explicar personalmente su conducta al Delegado Apostólico. Hubo de regresar desde la población de El Bordo por razones de seguridad, pues aún merodeaban rastros de las guerrillas del conflicto de los mil días. A lo largo de algunos meses numerosos pastusos enviaron memoriales a favor de su obispo al mismo Delegado. Uno de ellos llevaba las firmas de 1740 hombres y de 1425 mujeres. Conmovido, el P. Ezequiel escribe al P. Gutiérrez: "He visto lo mucho que esta pobre gente me aprecia, a pesar de que no trato a nadie. Cuando me volví del camino, fue una alegría general y loca la que manifestaron" (11 de nov. 1901). En 1903 hubo de viajar a la capital porque esperaba aclarar ciertos puntos de su actividad que parecía no entender la Delegación Apostólica. Entre tanto el gobierno ecuatoriano, presidido ahora por Leonidas Plaza, movía todos los resortes para que la Santa Sede retirara de Pasto a su obispo. Todo lo supo en Bogotá el P. Moreno, y se enteró de que el gobierno masón del Ecuador propalaba la noticia de que el obispo de Pasto había sido exonerado de su cargo. Pero nuestro santo obispo regresó a la diócesis que tanto lo amaba. "A mi vuelta me hicieron un recibimiento extraordinario -escribe al P. Pérez-, para dar en la cabeza, como se dice, al gobierno del Ecuador". Desde el pueblo de la Unión, al norte del actual departamento de Nariño, hasta Pasto, las gentes se volcaron para saludarlo y aclamarlo. Su salud, afectada de paludismo, fue la única barrera interpuesta a la asidua exteriorización de la alegría de los fieles que querían saludarlo.

En 1905 el obispo tuvo que retornar a Bogotá. Debía presentarse a explicar al Delegado Apostólico el sentido, las causas, del famoso enérgico telegrama que fray Ezequiel había enviado al presidente Reyes el 27 de marzo a propósito de la *concordia* que prohijaba y defendía el jefe del Estado, y a desagraviar al mismo, según la apreciación del Delegado. No es de este lugar referir el asunto. Sólo queremos poner de relieve una nueva recepción grandiosa que le tributó a su regreso a Pasto, el seis de agosto, la gente de su diócesis. Todos los estamentos sociales emularon en homenajes al obispo a quien tanto querían. Los Padres Minguella y Martínez Cuesta ofrecen mayores detalles y un aparte del afectuoso discurso pronunciado en nombre de los artesanos. Los esfuerzos, las intrigas y los cabildeos de los enemigos del santo prelado ni tuvieron antes ni tendrían entonces efecto alguno en la Santa Sede.

Ya en 1898 el Delegado Apostólico, Antonio Vico, escribía al cardenal Rampolla, secretario de Estado: “Sé perfectamente cuán apreciadas sean de Su Eminencia y del Santo Padre las dotes verdaderamente episcopales de este Prelado, frente a las cuales nada significa alguna vivacidad que se haya podido advertir en él”. Se había filtrado cierto rumor de que Monseñor iba a Roma entre otras cosas a presentar su renuncia. Por este motivo los habitantes de Pasto se habían apresurado a enviar sus representaciones para impedir que se cumpliera un paso semejante. Prosigue el Delegado: “No tengo la menor duda de que ni el Santo Padre ni Su Eminencia tomarán en consideración una tal petición de monseñor Moreno, si llegare a presentarla. Sin embargo, permita Su Eminencia que también yo una mis súplicas a las de los diocesanos de Pasto, porque tanto el señor Arzobispo de Bogotá como la mejor parte de esta capital, en la cual monseñor Moreno ejerció el santo ministerio, respetan y exaltan sus eximias virtudes y el bien que está desplegando en su diócesis (...). En fin, solo su premuroso retorno a su diócesis podrá poner fin a las ansiedades que ha provocado su partida”.

Después de las referencias que hemos aportado, hay derecho a aducir el texto del Evangelio del Buen Pastor: “Yo soy el Buen Pastor, y conozco a mis ovejas (...); las ovejas lo siguen y reconocen su voz”. Cuando apenas le quedaba un año de vida, otro obispo de Colombia, don Pedro Adán Brioschi tuvo oportunidad de ser recibido en audiencia por san Pío X. En carta al P. Reinaldo Herbrand, víctima también él de la persecución en el Ecuador, monseñor Brioschi, arzobispo de Cartagena, le dice entre otras cosas: “No habiendo quedado satisfecho de la entrevista con el Emm. Cardenal Merry del Val, resolví hablar directamente con el Padre Santo, acerca de nuestro celoso obispo de Pasto (...). Le conté todo lo que hizo el Ilustrísimo señor Moreno para salvar a Colombia en la última revolución y le supliqué que no lo dejara sacrificar ni lo expusiera al odio de sus acérrimos enemigos. El Papa me oyó con atención y me aseguró que el señor Moreno no sería removido. Tomó apuntes y me dio a comprender que estaba satisfecho de los informes recibidos”.

Unido a toda la Iglesia

En no pocas ocasiones el obispo Ezequiel hace la afirmación de que es “Obispo de la Iglesia Católica”. Como fue en este aspecto -como en tantos otros- auténtico hijo de San Agustín, a cuya pluma y a cuyos labios venía lo que tenía en su corazón: *La Catholica*, la universal, no la secta ni la sinagoga. Todo el magisterio de la Iglesia, con la Tradición y con el magisterio de los Papas. En esto demuestra un conocimiento

muy amplio de las enseñanzas del magisterio romano. Conocimiento que no era simplemente nocional sino vivido. Baste esta cita para sopesar la veneración del santo hacia la Santa Sede: cuando en mayo de 1898 se empezaron a filtrar noticias de la actitud favorable de la Santa Sede al obispo de Ibarra, don Federico González Suárez, en el asunto del colegio de Tulcán, escribió el P. Ezequiel a sus diocesanos: “Venga, pues, la resolución, aunque traiga la reprobación de nuestro proceder, para obedecerla en todas sus partes ¡Venga para darla a conocer cuanto antes por todos los rincones de nuestra diócesis! Venga, porque partiendo de la Santa Sede, centro de la Verdad, creemos firmemente que será luz que nos ilumine, y por consiguiente una gracia del cielo que debemos agradecer y no temer” Y así como lo prometió, lo cumplió.

Léase también su carta pastoral del 2 de julio de 1898, al despedirse de los fieles para hacer la visita *ad limina*. Toda ella respira amor, veneración, fidelidad a la persona del Papa.

El santo obispo había sido el primer vicario apostólico estrictamente tal de un territorio colombiano de misión. Estando ya en su diócesis de Pasto, pronto comprendió la necesidad de dar los pasos conducentes a crear alguna nueva circunscripción eclesiástica para que los dispersos y semipaganos fieles del Caquetá y del Putumayo y las abandonadas gentes de la costa Pacífica fueran mejor atendidas espiritualmente. Por esta iniciativa surgirán luego los territorios misionales de Tumaco y Putumayo-Caquetá.

Los silencios heroicos

En una carta del 19 de marzo de 1897 al P. Iñigo Narro, escribe el obispo Ezequiel: “He sido el primero de los obispos en hablar con esa claridad en estos tiempos (...). Sacerdotes de otras diócesis me han escrito llenos de entusiasmo y lamentando que otros no hablen”. En el pueblo de Samaniego residía, desterrado de su diócesis, monseñor Pedro Schumacher. Había vivido en carne propia la iniquidad del liberalismo ecuatoriano y estaba convencido, como lo refiere en su biografía el capuchino, Padre Aviñonet, de que los silencios de los eclesiásticos sobre la maldad de la ideología liberal eran causa de la apostasía social. Las gentes sencillas, sin instrucción, opinaba el obispo desterrado, eran impotentes frente al poder corrosivo de la prensa. Pero encontramos en la historia de la Iglesia el caso paradójico del profeta que tiene que callar, unas veces por obediencia, otras por prudencia evangélica.

El obispo de Pasto habló mientras creyó que éste era su deber pastoral. No confunde la prudencia con la timidez ni con el pacifismo. En este sentido es muy notable el razonamiento que hace en su carta pastoral de la cuaresma de 1901. “Quisieran -dice- que Roma impusiera silencio a los más decididos defensores de la verdad”. Parece traducir su amargura por la incomprensión que le viene incluso desde la propia trinchera, cuando escribe en el mismo documento: “No, no se nos mande callar invocando una caridad falsificada (...). ¿Callar cuando amenaza a los pueblos cristianos el mayor de los males? Poco después, a propósito de la condenación que hizo la Autoridad eclesiástica romana del escrito del presbítero Baltasar Vélez (de que hemos hablado antes), dice el obispo: “Ya sabemos que no agrada a algunos el que hablemos tan claro, pero si los Obispos callamos ¿quién hablará?”

Sin embargo a nuestro obispo se le impuso silencio en más de una ocasión. Y obedeció heroicamente. Primeramente cuando la Congregación de Obispos y Regulares dio -mal informada- su parecer favorable al obispo de Ibarra. Después, cuando se le hizo saber a través de un telegrama enviado por el Delegado Apostólico Antonio Vico, el 14 de mayo de 1901, lo siguiente: “Habiendo negociaciones pendientes entre la Santa Sede y el gobierno del Ecuador, quiere Su Santidad que Usía Illma., se abstenga de toda publicación u otros actos cualesquiera”.

El telegrama se tramitó a través de la Jefatura Civil y Militar de Cali. Su contenido se conoció por los liberales del Ecuador que se apresuraron a hablar “de la escandalosa conducta del obispo de Pasto”, y cuando ocultamente el gobierno ecuatoriano seguía apoyando a los revolucionarios del sur de Colombia. Y era precisamente entonces cuando le llegaban voces a nuestro obispo de parte de numerosos católicos de la diócesis para que continuara alentando a los ya cansados y hasta desanimados diocesanos que habían salido a defender los intereses de la Iglesia y de la patria.

¿Y qué respondió el obispo de Pasto? “Obedezco con todo el gusto de mi alma”. El espacio de estas páginas no permite extenderme más en la consideración del drama doloroso del P. Ezequiel: como él lo expone más tarde al Delegado Apostólico, no era su humillación el centro de sus preocupaciones, era la extrañeza de sus fieles y el despiste que podía causar en los criterios de los diocesanos la actitud de la Santa Sede. A una nueva carta, en el fondo elogiosa para el obispo, del mismo Delegado Apostólico, respondió en noviembre el P. Ezequiel, y con evangélica libertad: que él y su clero han obedecido “porque les basta conocer -escribe- la voluntad de la Santa Sede, para secundarla en el momento”. Pero enseguida añade: “Séame permitido manifestar también, que mientras la Santa sede

nos mandaba callar y le obedecíamos, el gobierno del Ecuador proporcionaba al famoso masón general Avelino Rosas, toda clase de elementos, para que con su gente saqueara nuestros pueblos, asesinara a los buenos católicos y echara a Jesucristo de nuestros altares”. A continuación transcribe, para información del Delegado, una serie de documentos llegados a sus manos que ponían en claro la complicidad del gobierno ecuatoriano a favor de la revolución organizada por el liberalismo de Colombia. Estamos en plena guerra de los mil días.

También mostró el obispo de Pasto su libertad de espíritu en el telegrama enviado al presidente Reyes el 27 de marzo de 1905. Se agitaba en el país el problema de la *concordia* política, que al obispo de Pasto, así como a los preladados de Popayán, Garzón, Cartagena, y a no pocos sacerdotes de Colombia les parecía un paso lleno de ambigüedades que comprometían la ortodoxia católica. El telegrama fue causa de nuevas incomprendiones y amarguras del padre Ezequiel. Para no alargarnos más, remitimos al Votum emitido durante el proceso de beatificación por un perito, el jesuita español, Félix Zubillaga, quien, habiendo estudiado detenidamente y con la responsabilidad exigida en el caso, todas estas vicisitudes, concluye que el obispo de Pasto procedió con enérgico y acertado criterio pastoral.

Pro aris et Focis. Por la fe y por la patria

Queremos concluir esta visión panorámica sobre la actividad pastoral San Ezequiel Moreno en su diócesis de Pasto, presentando a grandes rasgos su actuación en defensa de la integridad nacional y del derecho constitucional durante la guerra de los mil días. Contemporáneo de nuestro obispo, actuó como obispo de la Asunción en el Paraguay, otro gran pastor: monseñor Sinforiano Bogarín. Al ser preconizado, encontró a su patria abatida y destrozada por la llamada *guerra de la Triple Alianza*. Sintió su concreta vocación de pastor a remediar la tragedia del cuerpo y del espíritu del Paraguay y escogió como lema de su escudo episcopal este *Pro aris et focis*. El obispo Ezequiel escogió otra divisa, pensando siempre en el Corazón del Señor, a quien había consagrado toda su actividad episcopal: *Fortitudo mea et refugium meum es tu*: Tu eres mi fortaleza y mi amparo. Después de cuanto hemos leído el lema episcopal no necesita comentarios.

El P. Ezequiel Moreno se sintió siempre colombiano, y como tal y como obispo, comprendió también que su acción se extendía a la defensa de la justicia y del derecho de su segunda patria. Hoy se lee hasta con estupor, lo que sin ningún conocimiento de causa y en forma superficial e injusta escriben -y entre ellos

algunos eclesiásticos- periodistas y sociólogos acerca del comportamiento del obispo de Pasto durante la dolorosa tragedia que ha pasado a la historia con el nombre de “Guerra de los Mil Días”. Se ha llegado a acusarlo de ser uno de los causantes y paradigmas de la violencia política.

Para entender la conducta de nuestro Santo hemos de tener presentes los datos siguientes plenamente comprobados por la historia:

- Se había formado una conspiración internacional de gobiernos liberales para derrocar al gobierno de Colombia, en manos del partido Conservador. Tales eran los de Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Venezuela y el Ecuador.

- Antes y durante el conflicto, Nicaragua, Venezuela y Ecuador proporcionaron armas a los ejércitos revolucionarios.

- El Ecuador brindó refugio a activos opositores del gobierno de Colombia, quienes organizaron desde allí operaciones bélicas contra el sur de Colombia, y más concretamente contra las poblaciones de Ipiales y Tumaco. Ya desde diciembre de 1899, es decir, apenas dos meses después de iniciada la revolución, hubo incursiones contra poblaciones limítrofes con el Ecuador. Estas se repitieron en diversas ocasiones a lo largo de la guerra.

- Los habitantes de aquella región oyeron muchas veces el grito blasfemo *¡Abajo Cristo!*, mientras se vivaba a la revolución. Tal grito era un doblaje de lo que se gritaba también en el Ecuador: *¡Abajo Cristo, viva Alfaro!* Era obvio que tanto el obispo como los diocesanos entendieran que se hacía una guerra de carácter religioso, teniendo especialmente en cuenta lo que había ocurrido en la reciente revolución ecuatoriana.

- No hay una sola prueba de que el obispo o el clero de la diócesis de Pasto incitaran a la violencia. Pero tenían derecho a estimular a la defensa de legítimos derechos conculcados, y estos eran la integridad del territorio y la legitimidad institucional. No se entiende por qué ahora, mientras se exalta (y con razón) la intervención pastoral de algunos obispos latinoamericanos que han salido a la defensa de los derechos humanos, se desconozca igual título, sea al obispo de Pasto que entonces regía la diócesis, o a más de un obispo ecuatoriano (como monseñor Schumacher), que no hacían otra cosa sino defender análogos derechos.

- El P. Ezequiel nunca deseó la guerra, al contrario, la deploró, la consideró un

castigo del cielo por los pecados de la sociedad de su tiempo. Léase su pastoral de cuaresma del año de 1900, cuando apenas se estaba en los comienzos. El obispo compuso una conmovida oración que circuló mucho por la diócesis para pedir al Señor que librara a Colombia de la guerra.

- Cuando algunos generales legitimistas acudieron a él para conseguir un préstamo, el obispo consultó antes detenidamente e hizo saber que no era más que un préstamo con que la diócesis contribuía en un momento de emergencia. El prelado reclamó más tarde infructuosamente la devolución de la suma otorgada. En el proceso de beatificación apareció y se debatió este dato, y se llegó a una total clarificación.

- El P. Ezequiel no contrapuso partido conservador a partido liberal. En sus documentos públicos aparece una vez solamente esta contraposición. El hablaba de un hipotético partido católico, que no identificó fácilmente con el partido conservador de entonces, como tampoco su amigo, don Miguel Antonio Caro, hizo de ello una simple identificación. Y también tuvo palabras para deplorar lo que le parecía claudicación e indiferencia religiosa en el partido conservador.

- En el desarrollo concreto del conflicto, tal como se vivía en su diócesis, el pastor era testigo presencial de la inermidad en que se encontraban muchos de sus habitantes, de los atropellos a que eran sometidos y del entusiasmo religioso que lo animaba. Estando de su parte la justicia, no podía abandonarlos.

Así, en esquema, creemos habernos aproximado al alma de nuestro nuevo santo. Obispo de una sola pieza, sacerdote de intensa y continua oración, ardiendo siempre por la gloria y los derechos de Dios, apasionado por la integridad de la fe y la exaltación de la Iglesia, de una austeridad y resistencia ilimitadas, tocóle vivir en un rincón de la catolicidad que conservaba hondamente la fe y que se veía amenazado, sin mucha inmunización, por la ideología y la prepotencia de un mesianismo laicista y aun ateo. Pues así se presentaba, a finales del siglo XIX, el liberalismo doctrinario. Así como se convirtió en objeto de implacable aversión de unos, fue intensamente amado por otros, y por la casi totalidad de sus pobres diocesanos. Ciertamente que, al leer sus biografías y sus escritos, podemos aplicarle las palabras bíblicas: “Ahora pues, cñete la cintura. Levántate! Haz de decirles de frente lo que yo te ordene. No tiembles delante de ellos. Soy yo quien te ha constituido como una ciudad fortificada, una columna de hierro, una muralla de bronce delante de todo este país (...). Van a luchar contra ti pero no podrán vencerte, porque yo, tu Dios estoy contigo para librarte!”